

Nubes amenazadoras

Por VIRGILIO PINERA

El discurso del comandante Castro, pronunciado en Columbia ante una gran multitud, no fué otra cosa que una llamada al orden. Si tuviera que darle título a tal severa advertencia sugeriría éste: Nubes amenazadoras.

El doctor Castro habló de armas robadas, de lidércillos, de ambiciosos, y se atrevió, con el civismo que lo caracteriza, a pronunciar una palabra que viene siendo la piedra de toque de la vida política cubana en los últimos diez años. El doctor Castro pronunció claramente la palabra gangsterismo.

¿Cómo surgió el gangsterismo político en Cuba? Pues nació de la pugna de los bandos en lucha. Después de la caída de Machado —enemigo común— todos y cada uno de estos luchadores aspiró al poder, y como todo poder es uno e indivisible, las pandillas (ya podía dárseles este nombre) se trabaron en singular combate.

Pero ahondemos. ¿Cómo piensa el cubano frente al problema de su existencia más inmediata? Pues viene planteándose, desde la instauración de la República, esta pregunta angustiosa: ¿Comeré hoy? ¿Qué será de mi vida y de la vida de los míos? Porque digámoslo sin cortapisas: el gran fantasma de todo cubano, en realidad el tirano a perpetuidad de esta Isla ha sido y continúa siendo el hambre. Veamos ahora los dos motores principales de nuestra ciudadanía: política y burocracia. Grosso modo podríamos resumir la situación creada diciendo que todo cubano se ve forzado a hacer la política único camino que lo llevará de cabeza al puesto burocrático. Si se hiciera un survey entre la familia cubana advertiríamos que por lo menos en cada casa de cubanos hay uno, si no varios empleados del Estado. Estas posiciones se defienden celosamente, son objeto de los temores más fundados; con cada cambio de gobierno una gran consternación cunde entre las familias; te quedaste, engrampaste, «estás en la papa o saliste de ella», conoces a alguien en el Ministerio que te palanqué para que no pierdas el puesto? Este es el comentario obligado, la piedra de toque, en una palabra, la idea fija del cubano.

Todo esto lo tenemos metido en la masa de la sangre; es, como se dice, una segunda naturaleza, que se muestra nostálgica y frustrada ante los que han tenido la suerte de «hacerse». He ahí la gran consigna: Hacerse. De cualquier modo y a toda costa, no importan los medios ni las consecuencias. Esta obsesión, esta desesperación por llegar (y llegar puede significar, de hecho significa en la mayoría de los casos un puesto de ochenta pesos) ha ido despeñándose, de escalón en escalón hasta la muerte.

Se ha ido así creando una conciencia colectiva, una psicología típica de estos últimos cuarenta años. Su culminación está en la frase que todo cubano se dice en silencio: Tengo que «hacerme», tomaré ejemplo de Fulano, que perdió su posición pero se hizo; no seas bobo; aprovecha ahora, que estás en la papa...», si Mengano robó por qué no robarías tú también? Sí, por que en esta pendiente se llega al abismo, y de cientos de pesos robados se pasa a miles, y más tarde a millones. Hoy todos moriríamos de risa si nos dijeran que un político se ha llevado sólo unos cuantos cientos de miles de pesos. Hoy se habla de cifras astronómicas que dan vértigos, hoy estamos

sufriendo las extremas y funestas consecuencias de nuestros propios actos. Y sépase que todos somos culpables.

No es de extrañar pues que sólo a horas del triunfo rotundo de la Revolución, y a pesar de la sangre vertida, del heroísmo de todos y cada uno de los cubanos, aparezca, como una Némesis implacable, el viejo cáncer que todos llevamos en el pecho. No, me gustan las efusiones líricas ni sentimentales pero comprendamos que me quedo corto con este patetismo electoral. Entendámonos: los muertos están en el cementerio y los que continuamos viviendo nos planteamos, también en silencio esta terrible pregunta, que no nos queda otro remedio que hacernosla, en vista de nuestras tremendas decepciones, en vista de nuestra hambre perpetua, en vista de esa segunda naturaleza que años estériles de vida ciudadana han ido quemando día a día: ¿Esta de ahora será como las otras de antes? Y aunque reconozcamos la plenitud de ésta, aunque cien fundadas razones nos aseguran que ahora las cosas marcharán como es debido, no obstante nuestro viejo cáncer aflora para ponernos en guardia.

Y es por todo esto, y no por los conejos de España, que como decía hace un momento el doctor Castro se haya visto obligado en la misma noche de su entrada triunfal en la capital a poner puntos sobre las íes y dar a conocer al pueblo que existe de hecho una gravísima situación planteada. Y mientras el doctor Castro pronunciaba su discurso, (que entre paréntesis ha sido el primer discurso político que se ha escuchado en Cuba sin flores de retórica) todos y cada uno de nosotros, —los que estaban presentes en el campamento de Columbia, y los que lo seguíamos por la radio y televisión— nos decíamos al tiempo que lo entendíamos: ¿Qué puesto me darán, qué cosa me ofrecerán, me dejarán fuera, me encajaré de una vez por todas? Y nos lo decíamos por las razones antedichas, y también porque en estos largos años de lucha contra Batista quien más quien menos ha estado resistiendo. Pero no me refiero a resistencia en su acepción revolucionaria (ésta se da por sabida y reconocida) sino que la enfoco desde la manutención, desde los alimentos, desde el alquiler hasta las carreras desesperadas para que no nos corten la luz eléctrica. Esta resistencia se ha hecho defendiendo el terreno palmo a palmo, y al mismo tiempo perdiendo todo el terreno. Y ahora, exhaustos, famélicos (ved cómo la palabra adecuada acude en el momento adecuado) queremos un puesto, y lo queremos, y no se nos ocurre otro expediente, porque nuestra visión deformada sólo alcanza a ver perspectivas deformadas, abismos que se abren a nuestros pies, y el instinto de conservación aúlla en nosotros como lobo rabioso.

Pero resistamos un poquito más. Si este gobierno cumple los sacrosantos principios de la Revolución no tendremos necesidad de volver nuestros cansados ojos hacia la burocracia como meta última. Yo sé que un modo de pensar no se cambia en unas horas, que la desconfianza no puede, por arte de magia, pasar a confianza, que tenemos sobrados motivos para decir a voz en cuello: ¡Sálvese quien pueda! y ¡Quítate tú para ponerme yo! Todo esto es bien cierto, pero a pesar de ello, resistamos todavía un poquito más. A lo mejor la acertamos.